

---

# EL ESPÍRITU COMO NATURALEZA\*

Entrevista con Albert Hofmann

Antonio Escohotado

**E**n el otoño de 1977 una muchedumbre llenaba el aula magna de la Universidad de California en Santa Cruz y sus inmediaciones, con el rostro pegado a las ventanas o el oído atento a los altavoces que difundían las ponencias de distintas celebridades en un simposio internacional. Nostálgicos o radiantes, desfilaban por el estrado y las primeras filas estrellas del rock y el cine, psiquiatras y orientalistas, la gente del Esalen Institute en Big Sur, agentes del servicio secreto disfrazados de hipsters, profesores de ciencias sociales, farmacólogos y periodistas de diversas confesiones. Un hombre de mediana edad aparentemente, sencillo traje gris y corbata se abrió paso con dificultad hacia la mesa, donde distintos micrófonos florecían como ramas de un arbusto metálico. Cuando las ovaciones se serenaron, el llamado "padre de la era psicodélica" desplegó unas cuartillas y empezó diciendo:

"Temo decepcionarles. Quizá esperaban a un gurú. En vez de eso se les presenta un químico."

Albert Hofmann, que por entonces superaba los setenta años, no se detuvo en más aclaraciones. Disertó sobre el tema que domina por encima de los demás mortales, describiendo las sutiles diferencias entre estructuras moleculares de distintas substancias con psicoactividad. De vez en cuando apoyaba la lección con diapositivas —entre ellas cierta foto única de su principal descubrimiento— y hasta el último segundo mantuvo fascinado al heterogéneo público. Si muchos asistentes creían deberle experiencias inolvidables, muy pocos sospechaban que lo sentido y visto entonces pudiera concretarse de modo claro en radicales y cadenas atómicas.

Once años después, durante el otoño de 1988, el New York Times informaba sobre una nueva visita de Hofmann a tierras

americanas concretamente para inaugurar la fundación bautizada con su nombre, un fondo bibliográfico sobre lo que Carlos Castaneda define como "estados de conciencia alterada". Otra vez en California, ahora en Santa Rosa, empezó así su disertación:

"Se preguntarán cómo un químico puede atreverse a tocar el problema filosófico fundamental de la realidad [...] Pero la realidad se vincula en el habla del mundo material externo, al mundo de la materia, y la ciencia de la materia es la química. A nivel personal, añado que hace precisamente cincuenta años sintetizé una sustancia que influye profundamente sobre la experiencia de la realidad".

Y, en efecto, el químico ha acabado sugiriendo un concepto del mundo —la "metáfora del transmisor-receptor"—, que pronto aparecerá en castellano bajo forma de libro. Sin embargo, desde los afanes del hombre de ciencia en su laboratorio o la aspiración del filósofo puro han transcurrido muchas décadas, no precisamente desprovistas de acontecimientos.

Hofmann nació en el cantón suizo de Aargau en 1906, en el seno de una familia humilde que quedó desamparada por la muerte prematura del padre. Pasó su adolescencia en el banco de taller de una fábrica, como primogénito responsable de los suyos, pero le fascinaba la investigación científica y —a costa de horas de sueño— cursó, simultáneamente, estudios de química en Zurich, que terminó en un tiempo récord y con premio extraordinario, culminando esa carrera académica con una tesis doctoral que hizo época, al describir por primera vez la hasta entonces enigmática estructura de la quitina. Los años duros quedaban atrás, y siendo fiel a una vocación sentida ya desde niño —la de conocer los principios activos de las plantas—, aceptó un puesto de investigador en el pequeño laboratorio que era Sandoz por entonces. Allí permaneció hasta su jubilación, con hallazgos que contribu-

\* Tomado de *El paseante* No. 13, págs 116-121, 1989.

yeron notablemente a hacer de esa empresa un gigante farmacológico mundial. Fruto de esos años fueron descubrimientos que llama "comerciales"—tranquilizantes y analgésicos—, alternados con otros que le permitirían desarrollar fármacos todavía insustituibles en obstetricia y neurología.

Investigaba el misterioso hongo llamado cornezuelo o ergot cuando topó con la dietilamida del ácido lisérgico o LSD, un derivado semisintético que absorbió inadvertidamente, y a partir de entonces no sólo su vida, sino la de innumerables otros, experimentó una profunda modificación. Jünger y Huxley —también la CIA y la psiquiatría institucional— se apasionaron con el producto, unos creyendo que contribuía a ensanchar la cordura y otros que permitía desatar a voluntad la demencia. En cualquier caso, nadie discutió que esa sustancia y varias más de su especie, descubiertas por él durante los años cincuenta —como la amida del ácido lisérgico, la psilocibina, la psilocina y el tetrahidrocannabinol o THC—, eran el hallazgo psicofarmacológico más importante del siglo. Doctor honoris causa en Harvard, Zúrich, Estocolmo y Berlín, a mediados de la década siguiente fue invitado por la Academia Sueca a pronunciar el ciclo de conferencias previas al otorgamiento de su galardón, que quedaría indefinidamente pospuesto cuando el conjunto de prometedores hallazgos se convirtió de la noche a la mañana en amenaza mortal para el orden establecido. Instado por el Pentágono a que colaborase en sus proyectos de armas químicas, y por la intelligentsia contracultural a hacer precisamente lo contrario —todo ello a partir de las mismas substancias—, comenzó para él una época de perplejidad sólo apaciguada con la distancia crítica que otorga el paso del tiempo.

Hofmann vive en un lugar aislado, sobre la cumbre de una colina, al que se accede por una carretera estrecha y sinuosa donde van apareciendo pequeñas aldeas y castillos medievales, cañadas solitarias, praderas con lustrosas vacas pastando y hasta una abadía románica. Antes de entrar, el anfitrión me enseña "lo mejor del sitio"—un jardín de plantas raras y muy bellas, donde destacan diversos tipos de dondies—, mientras comenta con cierta malicia que Moctezuma le enseñó su jardín particular a Cortés cuando éste quiso ser conducido a su tesoro.

Convenimos en dar una vuelta, aprove-

chando el día soleado, y mientras Hofmann se entretiene en algo aprovecho para curiosear por la casa. En la muy envidiable biblioteca constato que algunos libros están dedicados por sus autores. El delgado volumen de *Las puertas de la percepción*, por ejemplo, se abre con la letra elegante de Huxley y las palabras: "Para Albert Hofmann, un hombre de ciencia que puede también pensar y sentir como un artista, con amistad y admiración". Observo lo mismo en libros de Michaux y en las primeras ediciones de todas las obras publicadas por Jünger, que evidentemente es un amigo íntimo.

Ya de retorno, sugiere que nos sentemos junto a la simple piedra miliar que marca la divisoria entre tierra suiza y francesa; desde ese punto se domina una enorme extensión de terreno, finalmente delimitada por los Vosgos alsacianos, y un providencial monte evita que se contemple el complejo fabril de Basilea, con las descomunales chimeneas de Sandoz, Roche y Ciba Geigy.

• • •

—La "metáfora del transmisor-receptor", ¿qué representa?

—Si un objeto refleja ondas electromagnéticas con una longitud de 0.7 milímetros lo llamamos rojo, y si se trata de ondas con una longitud de 0.4 milésimas de milímetro lo llamamos azul. Esto significa que la percepción del color es un evento puramente psicológico, subjetivo que acontece en el espacio interno de un individuo, en la pantalla que lleva dentro. Lo mismo sucede con el mundo acústico, y con el campo de la sensación en términos amplios. Basta por eso alterar la conciencia individual —usando medios químicos, por ejemplo— para que emerja una realidad distinta, no familiar. Sería absurdo suponer que esa alteración en el "receptor" ha creado una modificación en el "transmisor" o mundo externo que es sólo un continuo materia-energía. ¿Me explico claramente?

—No aún en las consecuencias. Parece una forma actualizada del idealismo alemán clásico.

—Pero no pretendo decir que el entendimiento conforme al mundo objeti-

vo, sino extraer dos conclusiones básicas. La primera es que nuestra realidad no posee un estado fijo, sino una existencia momentánea; por eso un niño, lastrado con tan escasa carga de memoria, percibe el mundo más intensamente que un adulto. La segunda conclusión es que jamás sobrevaloraremos el poder cosmogónico de los humanos; cada individuo es un creador que debe reinventar de nuevo su propio mundo. De una y otra cosa resulta que nuestra libertad —y nuestra responsabilidad— dependen directamente de nuestra capacidad para seleccionar lo que queremos recibir del programa infinito ofrecido por el universo.

*—El caso es que sigue habiendo un vacío entre mundo externo e interno, objetivo y subjetivo.*

—Si empleo la metáfora del transmisor cósmico y el receptor individual es justamente para indicar que la realidad, la realidad cotidiana, sólo puede experimentarse e imaginarse como la *totalidad* de transmisor y receptor. Sin ambos, a la vez, la pantalla del aparato de televisión permanecería vacía.

*—Y la cosmogonía subjetiva, que es una creación personal o individualizada de realidad, se coordina con la realidad objetiva creada y en trance de recreación que representa el universo.*

—En ambos casos es *realidad*, inmediatez de sentido, por lo cual no conviene insistir tanto en el sujeto y el objeto como en su compenetración. Usando el símil del televisor, podemos encenderlo o no, cambiar de canal, suprimir el sonido, prestar especial atención a esto o aquello, pero siempre dentro de unos parámetros comparables a los del artista, que inventa su obra pero no la creación. Tan pronto como el hombre asume su capacidad cosmogónica como una tarea racional, fruto de su libertad, comprende también que hay límites infranqueables para su albedrío, hechos que no pueden ser cambiados sin arrastrar a consecuencias catastróficas.

*—Lógicamente.*

—En vez de concebir el proceso como transmisión-recepción, la corriente judeo-cristiana ha impuesto el criterio

dominación-sometimiento, siguiendo el consejo que dice: “*Haz de la tierra tu sierva*”. Así el sublime logro de la civilización tecnológica, el confort de la sociedad industrial occidental, ha acabado por suscitar la destrucción de su medio. El mal uso del conocimiento adquirido, ese defecto radical de perspectiva, hace que todos los intentos actuales de enmendar el daño con medidas de protección ambiental tiendan a ser meros parches.

*—¿Por qué?*

—Porque la catástrofe no es tanto el nivel de destrucción ambiental ya alcanzado, como ignorar que llegamos a esa situación por falta de coraje y de oportunidades para perseguir la experiencia de una realidad más profunda. Es algo parecido a un círculo vicioso, pues la experiencia de una realidad más profunda —la experiencia de la unidad esencial de toda vida— se ve abogada por un medio que manos humanas han exterminado, como acontece con nuestras grandes ciudades. En ellas parece especialmente evidente, necesario, el contraste entre uno mismo y el mundo exterior. Las sensaciones de una realidad dividida acompañan a la conciencia cotidiana allí donde impera la civilización tecnológica, y esas sensaciones morbosas ejercen un fuerte influjo en la



literatura y el arte moderno.

—*De ahí el vivir desde hace tanto tiempo en una aislada casa de campo, mostrando al visitante el jardín y los paisajes abiertos como un tesoro?*

—En un medio natural, y desde luego en cualquier jardín, es perceptible una realidad infinitamente más antigua, profunda y maravillosa que en cualquier cosa hecha por el hombre. Las plantas muestran con toda evidencia la inagotable y divina energía vital. Lo que se llama función clorofílica es simplemente el matrimonio entre la Tierra y el Sol, un proceso de asombrosa sencillez y eficacia, que funda el ciclo vital. Allí vemos la luz transformándose incesantemente en atmósfera. Pero no estoy proponiendo un retorno roussoniano a la naturaleza, que ya entonces —a finales del siglo XVIII— reacciona ante el sentimiento de una escisión entre el hombre y la fuente de la vida. Lo necesario es que cada cual busque dentro de sí una experiencia propiamente mística, la experiencia de la vida en su unidad.

—*El misticismo tiene bastante de tópico, y de ambiguo, al menos para la sensibilidad actual. La tradición llamada mística alterna himnos de alabanza a lo terreno con posturas de ascetismo puritano, orientadas a una u otra “mortificación de la carne”. Sin ir más lejos, el muero porque no muero de Teresa de Ávila parece justamente a caballo entre lo uno y lo otro.*

—Llamo “místico” al maravillarse, a la plenitud de sentido que nos embarga porque sí, quizá ante algo insignificante, a veces hasta el punto de hacernos llorar de alegría. Mi primer recuerdo de una emoción así viene del final de la infancia, mientras cruzaba el bosque por un camino ya recorrido muchas

veces. La percepción rutinaria cedió a una unidad donde la luz, los aromas, los ruidos y las cosas brillaban armoniosamente. Experiencia mística es sinónimo de belleza conmove-

dora.

—*Pero ¿cabe sentir algo así practicando el erotismo, por ejemplo?*

—Pocas cosas necesitamos tanto como una ciencia y una cultura del placer, que permitan rescatar la sexualidad de su estatuto subterráneo, o de su empleo como reclamo publicitario. Entendámonos: la nutrición es de suma importancia para el espíritu. Y ningún alimento le es tan básico como el amor en todas sus formas, empezando por la sexual. La cultura y la ciencia del placer se fundarán sobre afrodisiacos, o no llegarán a existir fuera de pequeños focos periféricos. Hasta Tomás de Aquino reconoció que existímos para ser dichosos: *ultimo finis beatitudi est*. Pero conspira contra esa finalidad cualquier oposición entre cielo y tierra, alma y cuerpo, naturaleza y espíritu. Me gusta mucho más una definición que leí de la belleza como promesa de dicha. La belleza es siempre un sentimiento de acuerdo, una conciencia que supera la escisión del sujeto y el objeto.

—*Si no me equivoco, en esto reside el interés de ciertas substancias con efectos visionarios.*

—El genio griego intentó prevenir lo que se sigue de una realidad dividida complementando el concepto apolíneo del mundo con la experiencia dionisíaca, y aboliendo periódicamente el dualismo mediante ceremonias de ebriedad extática. Es probable que no sólo en las iniciaciones báquicas, sino en los demás cultos místicos antiguos —sobre todo en los fundamentales, los de Eleusis—, se emplearan substancias capaces de alterar a fondo la actitud del “receptor”.

—*Se supone que el “emisor” es Dios.*

—Siempre que este concepto no se emplee para embaucar. Podemos llamarlo Creación: es lo que se revela en la experiencia mística. Sea cual fuere su pretexto —un paraje, un gesto, una caricia— esa experiencia nos sumerge en



---

una realidad que expresa amor. Su lenguaje es la historia natural, el proceso del mundo.

—En *Die Annäherungen* (Aproximaciones) Jünger habla con ambivalencia de un “cristianismo joánico” entre las actitudes posibles ante el presente.

—En el principio era el logos, y el logos era amor. La fórmula me vale. Pero me vale como asunto de experiencia, no de creencia. Creer es propio del que no se atreve a intentar percibir. Cuando se suspende el velo de rutinas aparece el “espíritu de la verdad” mencionado por el cuarto evangelio. En esencia, el espíritu de la verdad nos hace comprender que la razón objetiva, los otros y yo somos uno. Jesús es una criatura divina, como nosotros, y hablar del superhombre es el modo más directo de decir que necesitamos crecer. La religión común debería anclarse sobre el ciclo vital, que, como antes sugerí, es un matrimonio del cielo y la tierra.

—Sin embargo, entre el receptor y el emisor hay distintas pantallas. Algunas parecen aclararlo todo bastante, como la dietilamida del ácido lisérgico, y otras contribuyen a enturbiarlo.

—La LSD no es una droga como algunas otras.

—¿No?

—Es inútil intentar enturbiar nada con ella. Ni el engaño propio ni el ajeno encuentran campo para desarrollarse. Los pueblos que siguen comulgando periódicamente con substancias afines, se preparan y purifican de algún modo (abluciones, ayunos, otras abstinencias) antes de suspender lo rutinario y decidirse a viajar. No es un pasatiempo, y quien inculpa la regla se arriesga a una experiencia aterradora.

—Graves llamó “impiedad” al uso frívolo de fármacos visionarios, y Michaux dijo que el riesgo era “perder el alma”. Pero Huxley insistió en que los viajes aterradores podían ser espiritualmente tan útiles como los beatíficos.

—Eso depende de las personas. Estoy con Pasteur cuando admitía el papel del azar en los hallazgos, reconociendo al mismo tiempo que sólo favorece a los

espíritus preparados. La toxicidad —es decir, la proporción entre dosis activa y dosis mortal— no ha llegado todavía a determinarse en el caso de la LSD, pues se conocen casos de personas que han llegado a ingerir de golpe seiscientas dosis sin sufrir otra cosa que el susto inicial, y no hay un solo caso de intoxicación con resultado de muerte. Orgánicamente es asombroso que pueda inducirse una experiencia psíquica de tales proporciones con tan mínimas secuelas fisiológicas. Empleando LSD pura, los peligros son mentales exclusivamente, pero no puedo estar de acuerdo en que los viajes aterradores sean siempre tan fructíferos como los otros; además de la preparación, que es esencial, hay muchas personas incapaces por constitución de asimilar provechosamente ese tipo de experiencia. Si alguna vez vuelve a autorizarse el uso médico y científico de la substancia —como empiezan a reclamar psiquiatras e investigadores de todo el mundo— dichas personas serán excluidas de antemano, evitando así episodios inútilmente desagradables. Con esto no quiero decir que puedan disociarse momentos de plenitud y momentos de desamparo (lo que Huxley llamó cielo e infierno en el trance visionario), sino tan sólo que cierto porcentaje de la



humanidad no sacará provecho alguno desempolvando las puertas de su percepción.

—Algunos ven la LSD como un alimento espiritual, capaz de llevar incomparablemente más lejos que ningún otro psicofármaco. Con todo ¿cómo se entiende la bajada que pone fin al viaje?

—La LSD pura no induce bajada. Ese efecto proviene de la anfetamina añadida, de otros adulterantes o de que el químico no ha logrado sintetizar exactamente la dietilamida del ácido lisérgico. A las ocho o diez horas lo normal es que se produzca un estado de relajación seguido por un sueño tranquilo, sin desasosiegos ni agotamiento depresivo.

—¿Sería indiscreción preguntar cuántas veces ha tomado LSD?

—Hace falta tiempo para prepararse adecuadamente, y más tiempo aún para asimilar la experiencia. Habré hecho unos treinta ensayos.

—Treinta ensayos en cincuenta años... Leary y otros recomendaban un uso semanal, o cuando menos mensual.

—Leary es un payaso. Simpático, pero payaso.

—También ha descubierto usted la psilocibina, otro fármaco de esa familia, y supongo que ha experimentado personalmente con él.

—Bastantes menos veces. Aunque sea muy interesante, prefiero la LSD.

—¿Y la MDMA o éxtasis?

—Probé en California, hace cuatro años. Tiene una sorprendente capacidad para estimular la comunicación y generar afecto. Un afrodisíaco en sentido amplio, no genital, de una toxicidad no despreciable.

—¿No le parece una LSD sin aristas,

la droga psicodélica de una era caracterizada por sucedáneos?

—Es menos claro como vehículo de experiencia. Si se compara con la LSD, la psilocibina o la mescalina, no es inexacto llamarlo sucedáneo. Sin embargo parece un fármaco útil para varias cosas: desgraciadamente, la legislación actual impide investigar hasta qué punto lo es o no.

—Esto me recuerda la sentencia de Paracelso: sola dosis facit venenum.

—La frontera entre lo útil, lo inútil y lo perjudicial depende evidentemente de las dosis. Y no sólo de dosis singulares, sino de su frecuencia por unidad de tiempo.

—El caso es que empezamos hablando de filosofía, y temo haber caído en el tópico de preguntar aquello que todo el mundo le pregunta.

—Puede decirse que ciertas substancias están ahí para ser ensayadas o evitadas, no para dissentir simplemente.

te. Pero es también oportuno promover una cultura farmacológica que sustituya a la barbarie reinante. Por lo demás, prefiero hablar de filosofía.

—He sacado en limpio que, a su juicio, estamos inmersos en una sociedad tecnológica hostil a las revelaciones místicas. Aunque tecnología y misticismo no son cosas incompatibles.

—Desde luego.

—Como no son incompatibles espíritu y naturaleza.

—Desconozco espíritus distintos de los que alberga la naturaleza.

—Jünger ha dicho que todo placer es en el fondo placer del espíritu. ¿Suscribiría ese juicio?

—El placer quiere eternidad. Para los goces, podríamos atenernos al espíritu como naturaleza.

